

Cuadernos del Concilio 5



La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia
(DV 21-26)

Cuadernos del Concilio

Cuadernos del Concilio

**La Sagrada Escritura en
la vida de la Iglesia
(DV 21-26)**

Marco Cardinali



Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,
alcaldía Gustavo A. Madero,
C. P. 07020, Ciudad de México
Tel. 55 57 81 84 62
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo

Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación

Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

Cuadernos del Concilio 5

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

(DV 21-26)

Autor: Marco Cardinali

Primera edición (castellana) 2023

Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.

Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,

C. P. 14000, Ciudad de México

www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).

Impreso en México.

ÍNDICE

Capítulo 1: Un camino todavía abierto	9
De la <i>Dei Verbum</i> (1965) a la <i>Verbum Domini</i> (2010)	10
El capítulo VI de la <i>Dei Verbum</i> y su horizonte	12
La Palabra y el Verbo encarnado	13
Capítulo 2: La importancia de la Sagrada Escritura para la Iglesia	17
Venerar la Palabra	17
Predicación anclada en la Palabra	18
Necesidad de traducciones apropiadas y correctas	19
Capítulo 3: Implicaciones pastorales	23
La Palabra viva	23
Uso no instrumental de la Palabra	24
El realismo de la Palabra	25
Capítulo 4: La escritura más allá de cualquier frontera	29
En diálogo como Jesús	29
Cristianos y judíos frente a las Sagradas Escrituras	30
Capítulo 5: Compromiso apostólico de los especialistas	33
Acceder a las fuentes	34

Importancia de la Sagrada Escritura para la Teología	35
Capítulo 6: Se recomienda la lectura de la Sagrada Escritura	37
Enraizados en la Escritura	37
En la escuela de la Escritura	39
El obispo: el pastor que allana el camino	39
Comprendernos a nosotros mismos a la luz de Dios	41
Capítulo 7: Sinfonía de la Palabra de Dios	45
Analogía de la Palabra de Dios	46
La Palabra de Dios en el libro de la naturaleza	46
Palabra de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento	47
Para un nuevo comienzo... el nuestro	49
<i>Dei Verbum</i> 21-26	51

CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

Dei Verbum

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)
3. La Tradición (DV 7-10)
4. La inspiración (DV 11-13)
5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

Sacrosanctum Concilium

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)
7. La Sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)
8. Vivir la liturgia en la parroquia (SC 40-46)
9. El misterio eucarístico (SC 47-58)
10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)
11. Los Sacramentos (SC 59-81)
12. El domingo, regalo de Dios a su pueblo (SC 102-106)
13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)
14. La música en la liturgia (SC 112-121)

Lumen gentium

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)
16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)
17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)
19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)
20. Los laicos (LG 30-38)
21. La vida consagrada (LG 43-47)
22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)
23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)
24. Maria, la primera creyente (LG 52-69)

Gaudium et spes

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)
26. El sentido de la vida (GS 4)
27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)
28. Autonomía y servicio (GS 33-45)
29. La familia (GS 47-52)
30. La cultura (GS 53-62)
31. La economía y las finanzas (GS 63-72)
32. La política (GS 73-76)
33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)
34. La paz (GS 77-82)

UN CAMINO TODAVÍA ABIERTO

Toda la evangelización está fundada sobre la Palabra de Dios, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios «sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial». La Palabra de Dios escuchada y celebrada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza interiormente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico en la vida cotidiana. (Papa Francisco, Evangelii gaudium, 174)

La aprobación de la constitución dogmática *Dei Verbum* llegó después de un largo camino, al final del Concilio Vaticano II, precisamente durante su última sesión: el 18 de noviembre de 1965. Podemos decir que el texto maduró durante todo el proceso conciliar, tras haber presentado su desarrollo fundamental al principio. La constitución conciliar toca los fundamentos mismos de la fe de la Iglesia –la Palabra de Dios, su revelación y su transmisión a través de la Tradición viva y de la Sagrada Escritura– y, por lo tanto, es lógico que la reflexión que acompañó su maduración constituyera, por así decirlo, el *humus* –la tierra– que fecundó todos los documentos conciliares. La *Dei Verbum* resume y presenta una nueva comprensión, respecto a antiguas concepciones que no eran del todo adecuadas, sobre la Palabra de Dios, la revelación y la fe, la relación entre Tradición y Escritura, el carisma de la inspiración bíblica y la

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

verdad de la Biblia, el valor del Antiguo Testamento para los cristianos, la historicidad de los Evangelios y el lugar que ocupa la Biblia en la vida y la misión de la Iglesia.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, la constitución conciliar *Dei Verbum* es una de las cuatro constituciones dogmáticas conciliares y su objeto es la revelación divina, aunque trata ampliamente de la Sagrada Escritura. Consta de seis capítulos y veintiséis números. El capítulo VI, del que nos ocupamos en este *Cuadernillo* y que se refiere a la Escritura, constituye, en cierto modo, el centro de toda la constitución dogmática, aunque el documento conciliar no tenga por objeto la Escritura misma refiriéndose al libro sagrado, sino la Palabra de Dios como el acontecimiento de la gracia que la Escritura atestigua y del que además es parte integrante. La revelación bíblica es novedosa pues se manifiesta inequívocamente en el hecho de que Dios se nos ha dado a conocer mediante el diálogo. La *Dei Verbum* expuso bellamente esta realidad al reconocer que «Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor, y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía» (DV 2).

De la Dei Verbum (1965) a la Verbum Domini (2010)

Para profundizar en nuestro documento, ofreceremos algunos pasajes de la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* (VD) del papa Benedicto XVI (30 de septiembre de 2010) que conectada con la *Dei Verbum*, recoge los frutos obtenidos tras la celebración del Sínodo de los Obispos en 2008 sobre el tema: «La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia». Se trata de un camino todavía por recorrer que comenzó en el lejano 1965 gracias a la constitución dogmática *Dei Verbum* y en el que queremos ver una ideal continuación y profundización de lo que afirmó con ella el Concilio Vaticano II.

En la *Verbum Domini* se afirma que hay que reconocer

que en los últimos decenios ha aumentado en la vida eclesial la sensibilidad sobre este tema, de modo especial con relación a la Revelación cristiana, a la Tradición viva y a la Sagrada Escritura. A partir del pontificado del Papa León XIII, podemos decir que ha ido creciendo el número de intervenciones destinadas a aumentar en la vida de la Iglesia la conciencia sobre la importancia de la Palabra de Dios y de los estudios bíblicos, culminando en el Concilio Vaticano II, especialmente con la promulgación de la constitución dogmática *Dei Verbum*, sobre la divina Revelación. Ella representa un hito en el camino eclesial: «Los Padres sinodales [...] reconocen con ánimo agradecido los grandes beneficios aportados por este documento a la vida de la Iglesia, en el ámbito exegético, teológico, espiritual, pastoral y ecuménico». En particular, ha crecido en estos años la conciencia del «horizonte trinitario e histórico salvífico de la Revelación», en el que se reconoce a Jesucristo como «mediador y plenitud de toda la revelación» (DV 2). La Iglesia confiesa incesantemente a todas las generaciones que Él, «con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y resurrección gloriosa, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación» (DV 4). De todos es conocido el gran impulso que la constitución dogmática *Dei Verbum* ha dado a la revalorización de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, a la reflexión teológica sobre la divina revelación y al estudio de la Sagrada Escritura. En los últimos cuarenta años, el Magisterio eclesial se ha pronunciado en muchas ocasiones sobre estas materias. Con la celebración de este Sínodo, la Iglesia, consciente de la continuidad de su propio camino bajo la guía del Espíritu Santo, se ha sentido llamada a profundizar nuevamente

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

sobre el tema de la Palabra divina, ya sea para verificar la puesta en práctica de las indicaciones conciliares, como para hacer frente a los nuevos desafíos que la actualidad plantea a los creyentes en Cristo (VD 3).

El capítulo VI de la Dei Verbum y su horizonte

Con estas premisas nos centramos ahora, gradual y más directamente, en los números 21 a 26 de la *Dei Verbum*, iniciando así nuestro conocimiento del capítulo VI que resulta ser el más conclusivo de toda la constitución conciliar. Lleva por título «La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia». Contiene seis párrafos, del 21 al 26, con un título propio cada uno. El lector atento habrá notado que el camino recorrido hasta ahora, gracias a los *Cuadernillos* anteriores de la serie dedicada al descubrimiento de esta constitución conciliar, se ha centrado principalmente en el aspecto teológico. Con este capítulo, sin dejar de estar impregnados y anclados en la profundidad teológica del texto, entramos en un horizonte más pastoral, más existencial y, ciertamente, muy fascinante para nuestra vida de creyentes, ya que se detectan nuevos caminos y temas que implican profundamente nuestra vida de fe incluso en los aspectos más cotidianos. Usamos la acepción del término horizonte usada por el gran teólogo Bernard Lonergan en *Método en teología* (Sígueme 2006, 229), en el cual el horizonte

indica el círculo limitante, la línea en que parecen encontrarse la tierra y el cielo. Esa línea es el límite del propio campo de visión. Cuando uno avanza, la línea retrocede delante de uno y se cierra por detrás, de manera que, según los diferentes lugares en que uno se encuentre, hay diferentes horizontes. Además, para cada lugar y horizonte, hay diferentes divisiones de la totalidad de los objetos visibles. Más allá del horizonte están los objetos que, al menos por

el momento, no pueden ser percibidos. En el interior del horizonte se encuentran los objetos que actualmente pueden ser vistos.

Esta definición debe tenerse en cuenta para todo nuestro discurso, que necesariamente no puede quedar circunscrito al tiempo, al lugar e incluso a las palabras empleadas en la constitución dogmática conciliar, sino que trasciende su tiempo y su lugar, regando y fecundando los documentos posteriores del Magisterio y la misma vida pastoral de la Iglesia actual.

Después de una lectura integral del documento resulta claro cómo cada uno de los veinte números precedentes sean de preparación y tiendan hacia este capítulo final que se enfoca en un aspecto peculiar de una teología que debe convertirse en la práctica y la vida del creyente para no correr el riesgo de permanecer teórica y totalmente alejada de la vida cotidiana. Hemos partido de una premisa teológica fundamental, la de definir qué es la revelación; ahora se trata de hablar de la existencia, la práctica y la vida misma de la Iglesia. Este último capítulo resulta decisivo para pasar de la definición de revelación, entendida como diálogo entre Dios y el hombre, a la acción y a la experiencia plena del hecho admirable de que Dios sale de sí mismo para encontrarse con el hombre de un modo único, en esa relación fundamental que existe entre la Sagrada Escritura y la Iglesia. Si en los capítulos anteriores se han tratado los aspectos peculiares de la revelación, de Dios que se dona a sí mismo revelándose, ahora nuestra atención se dirige al otro sujeto de este diálogo, es decir, al hombre, o mejor aún, a la Iglesia, que es la destinataria de la revelación y que la acoge como un don inmenso, único y precioso.

La Palabra y el Verbo encarnado

Dios se da a conocer a la humanidad de todos los tiempos –incluidos

nosotros ahora— como misterio de amor infinito en el cual el Padre desde su eternidad expresa su Palabra a través del Espíritu Santo. La *Dei Verbum* enfatiza claramente en el número 15 que no existe de hecho alguna comprensión auténtica de la revelación cristiana fuera de la acción del Paráclito. Esto depende del hecho de que la comunicación que Dios hace sobre sí mismo implica siempre la relación entre el Hijo y el Espíritu Santo. Ireneo de Lyon se refiere a esta relación como «las dos manos del Padre» (*Adversus haereses*, IV, 7, 4). Además, la Sagrada Escritura indica la presencia del Espíritu Santo en la Historia de la Salvación y particularmente en la vida de Jesús, el cual fue concebido por obra del Espíritu Santo en la Virgen María (cf. Mt 1, 18; Lc 1, 35); al inicio de su vida pública, en el río Jordán, se ve descender en forma de paloma (cf. Mt 3, 16); es por este mismo Espíritu que Jesús actúa, habla y se alegra (cf. Lc 10, 21); y es por el Espíritu que Él se dona a sí mismo (cf. Heb 9, 14). Al finalizar su misión, según el relato de san Juan, Jesús mismo explicita la clara relación que existe entre la donación de su propia vida con el envío del Espíritu Santo sobre los suyos (cf. Jn 16, 7). Después de haber resucitado, Jesús, llevando aún en su propia carne los signos de la pasión, infunde el Espíritu (cf. Jn 20, 22), haciendo partícipes a los suyos de su misma misión (cf. Jn 20, 21). El Espíritu Santo enseñará a los discípulos cada cosa y les recordará todo aquello que Jesús dijo (cf. Jn 14, 26), asimismo será Él, el Espíritu de Verdad (cf. Jn 15, 26), quien guiará a los discípulos hacia la verdad completa (cf. Jn 16, 13). Por último, como se ve en los *Hechos de los Apóstoles*, el Espíritu desciende sobre los Doce reunidos en oración con María en el día de Pentecostés (cf. Hch 2, 1-4), y los anima a la misión de anunciar la Buena Noticia a todos los pueblos.

De ahí que el Verbo, que desde el principio está con Dios y es Dios, nos revele a Dios mismo en el diálogo de amor entre las Personas divinas y nos invite a participar de él. Por eso, hechos a imagen y semejanza de Dios como amor, sólo podemos comprendernos a nosotros mismos mediante la acogida del Verbo y en la docilidad a la obra del Espíritu Santo en cada uno. Es a

la luz de la revelación obrada por la Palabra divina como se aclara definitivamente el misterio de la condición humana. Es en esta preciosa relación con Él como redescubrimos nuestra existencia. La Iglesia es consciente del significado fundamental de la Palabra de Dios en referencia al Verbo eterno de Dios hecho carne, único salvador y mediador entre Dios y el hombre. Al escuchar esta Palabra y según la revelación bíblica, reconocemos que es fundamento de toda realidad.

Sin embargo, debemos tener en cuenta que, si bien esta preeminencia y esta relación parecen claras hoy, no siempre fue así a lo largo del tiempo, precisamente a causa de las diferentes visiones que se han encontrado en la historia de la Iglesia sobre la relación entre Iglesia y Escritura. De hecho, en algunos casos esta relación no siempre ha estado equilibrada. Teológicamente hablando, ahora y antes ha habido momentos en los que la gran tentación ha sido concebir la autoridad de la Escritura independientemente de la Iglesia y viceversa, como si ambas realidades pudieran existir independientemente la una de la otra. Poner el acento en uno solo de los dos elementos nos expone a peligrosos riesgos de absolutización que no hay que subestimar. Un primer riesgo es referirse a la Escritura como norma absoluta y única de la fe, como sujeto de pleno derecho y, por tanto, separado de su dimensión eclesial. El segundo riesgo es hacer lo contrario y no vivir la vida de la Iglesia a la luz de la Escritura, tendiendo quizás, como en ciertas épocas históricas, a formas de piedad devocional no enraizadas en la Escritura. Este riesgo no está totalmente eliminado y siempre es posible, incluso hoy.

LA IMPORTANCIA DE LA SAGRADA ESCRITURA PARA LA IGLESIA

El título del número 21 de la *Dei Verbum* es «La Iglesia venera las Sagradas Escrituras». Ahí se habla sobretodo de la relación esencial que existe entre Escritura e Iglesia. El documento enfatiza inmediatamente esa relación especial, poniendo en evidencia que la Iglesia «siempre las ha considerado [las Sagradas Escrituras] y considera, juntamente con la sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe» (DV 21). No existe un monopolio o una absolutización tanto de la Escritura como de la Tradición, pero Escritura y Tradición se convierten juntas en la regla suprema de la fe.

Venerar la Palabra

Llegados a este punto, quisiéramos enfatizar inmediatamente un elemento que, aunque tuvo una novedosa formulación para el momento en que fue escrito, se convirtió en esencial y fundamental para la reflexión teológica de toda la Iglesia y así de todo creyente. En efecto, justo al comienzo del párrafo aparece vivamente ante nuestros ojos la imagen de la Iglesia que venera las Sagradas Escrituras como al Cuerpo mismo de Cristo. Son las mismas Escrituras las que están siempre presentes durante la liturgia y de modo muy especial durante la

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

celebración de la Eucaristía. El verbo *venerar* desata una fuerza intrínseca, indicando al mismo tiempo el paralelismo y la relación entre sacramento y Escritura. Como afirma el papa Francisco en el número 174 de la *Evangelii gaudium*: «ya hemos superado aquella vieja contraposición entre Palabra y sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del sacramento, y en el sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia». En otros términos, se podría decir que la mesa eucarística es ciertamente única y se conforma de Palabra y sacramento. El lenguaje es el propio de la adoración y de la Eucaristía. La Iglesia *venera* la Eucaristía, por ser el Cuerpo de Cristo, y venera al mismo tiempo la Escritura. Las Sagradas Escrituras son inspiradas por Dios y «comunican inmutablemente la Palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles» (DV 21). Se entra así aún más profundamente en una dimensión trinitaria que se abre: Dios se revela y quiere comunicarse con la Iglesia, su esposa, y lo hace a través de la Tradición y la Escritura en las que resuena la voz del Espíritu Santo.

Predicación anclada en la Palabra

Por eso es esencial que la misma predicación de la Iglesia parta del fundamento de la Sagrada Escritura, que está en estrechísima relación con la Tradición. Por lo tanto, es precisamente en los «libros sagrados» y a través de la Palabra, a la que Dios mismo ha dado «eficacia y poder», donde el Padre de los cielos entra en relación amorosa y misericordiosa con sus hijos. De esta manera la Palabra es alimento para el alma, sostén y vigor para la Iglesia, y fuerza para cada hija e hijo de ésta. El documento utiliza una expresión llena de delicadeza cuando habla de un Padre que «entra en conversación» con sus hijos. ¿No es este un maravilloso don gratuito? Por eso es importante escuchar, vivir y acoger la Palabra de la Escritura, en sintonía con la Tradición y la vida sacramental de la Iglesia, en un marco litúrgico

y un clima espiritual que nacen precisamente del don de la Palabra. No hay verdadera oración que no esté enraizada en la Escritura, como, por otra parte, no habría predicación y vida misma de la Iglesia, que es consciente de cómo «la Palabra de Dios es viva y eficaz» (Heb 4, 12) y de cómo tiene «poder de edificar y de hacerlos partícipes de la herencia divina con todos los santificados» (Hch 20, 32).

Como nos recuerda la DV: Jesucristo mismo

mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó Él y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres. Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación (DV 7).

Ahora resultan más claros el sentido y el valor decisivo de la viva Tradición y de las Sagradas Escrituras en la Iglesia. De hecho, porque «hemos conocido lo que es el amor, en que Él dio su vida por nosotros» (Jn 3, 16), la Palabra divina, pronunciada por Dios en el tiempo, es dada y «confiada» a la Iglesia de manera definitiva, de manera que el anuncio de la salvación pueda ser comunicado eficazmente en todos los tiempos y todos los lugares.

Necesidad de traducciones apropiadas y correctas

El párrafo 22 del documento conciliar trata de un tema que hoy puede parecer que está completamente resuelto, terminado y obvio, pero que, a partir

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

de cierto momento de la historia de la Iglesia, hasta el Concilio Vaticano II, no lo estaba en absoluto. En efecto, el documento comienza con una afirmación sorprendente, de una magnitud sin precedentes, que expresa toda su urgencia: la necesidad de que a todos los fieles «les esté ampliamente abierto el acceso a la Sagrada Escritura». No se trata de un consejo, deseo o anhelo, sino de una necesidad real que la Iglesia debe abordar y asumir con gran vigor. Pero ¿de dónde viene esta necesidad? Hoy tenemos diferentes traducciones de la Biblia en varios idiomas. Accedemos sin ningún problema particular a cualquier versión y traducción a través de internet en cualquier rincón del planeta. Si embargo, antes del concilio, los fieles laicos no tenían un «amplio acceso a la Sagrada Escritura». Es más, podemos llegar a decir que había sido marginada en cierta medida dentro de la práctica eclesial y en cierta medida también dentro de la discusión teológica. Los obispos y los sacerdotes tenían fácil acceso a la Sagrada Escritura, entre otras cosas por su conocimiento del latín, que era la lengua oficial de la Iglesia en aquella época, pero no todos los fieles.

En la afirmación «todos los fieles deben tener amplio acceso a la Sagrada Escritura» está toda la fuerza de una revolución que orienta decididamente la brújula de la Iglesia hacia lo esencial, hacia ese alimento rico y único que no puede reservarse a unos pocos como si fuera un privilegio, sino que debe estar abierto a todos como un don y compromiso. La Iglesia es consciente de la necesidad de poner la Palabra de Dios al alcance de todos; por lo tanto, tiene un deber al respecto y debe garantizar que haya traducciones adecuadas y correctas en las diversas lenguas «a partir de los textos originales de los libros sagrados». Hay que detenerse a reflexionar sobre el cambio de época que se ha producido con esta indicación del Concilio Vaticano II. Para los cristianos de hoy sería impensable alimentar y vivir su fe dejando de lado la Escritura. Sin embargo, podríamos imaginarnos una época en la que la Escritura no desempeñaba un papel tan central en la práctica de la vida de fe de los católicos, ni tenía un papel destacado en ámbitos como la oración, la

meditación y en la vida espiritual en general. Esto por razones históricas, cuya ilustración escapa al alcance de nuestro viaje de descubrimiento del capítulo VI de la *Dei Verbum*. Por poner un ejemplo: la *lectio divina* estaba relegada a los círculos monásticos, del mismo modo que la oración de la Liturgia de las Horas. Tal como la conocemos hoy hubiera sido impensable rezarla en la propia casa y junto a la propia familia. Era prácticamente imposible tener una Biblia en casa, entre otras cosas porque no estaba permitido, e incluso si hipotéticamente se pudiera tener una ¿quién podría leerla y entenderla?

En términos sencillos podemos decir que la Escritura no era la norma de fe, al no ser directamente accesible, no era el punto de partida de la oración, de la espiritualidad y de la vida cristiana. Si la regla y norma de fe es la Escritura entregada, «transmitida» precisamente por la Tradición, el hecho de que en la práctica esto no fuera visible o ni siquiera pensable abría el campo a posibles y reales problemas que con este documento conciliar se han evitado y resuelto. Hoy este aspecto está absolutamente claro; si acaso el problema es la seriedad con la que el creyente se enfrenta al tesoro de la Escritura y de la Tradición, como cofre abierto del que extraer tesoros antiguos como siempre nuevos. Las implicaciones y posibles aplicaciones pastorales que de ello se derivan son fundamentales.

IMPLICACIONES PASTORALES

Nuestra oración personal y comunitaria –litúrgica y no litúrgica– que encuentra en la Escritura sus profundas raíces, es un lugar que se fundamenta y toma forma en la Palabra de Dios. Gracias a ella nos abrimos a la caridad y al amor a Dios y al prójimo. Por lo tanto, no olvidemos que probablemente sin la *Dei Verbum* habría sido muy difícil el florecimiento de todos esos nuevos carismas suscitados por el Espíritu Santo en la Iglesia, movimientos eclesiales, fundados también por laicos y fundamentados en la Palabra de Dios... algo absolutamente impensable antes del Concilio Vaticano II.

La Palabra viva

La Biblia no es un amuleto al que hay que remitirse rígidamente, no se utiliza como uno de los muchos volúmenes que hay en los estantes de nuestra biblioteca. La Escritura se hace viva para quien se acerca a ella, es activamente eficaz al dar lo que dice, de modo semejante a como los sacramentos realizan lo que expresan. La Escritura no está cristalizada, inmóvil, sin vida, como congelada en un libro; se convierte en Palabra viva cuando se sitúa en su entorno ideal y fecundo, es decir, la Tradición y la comunidad bajo la fuerza del Espíritu Santo.

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

Podríamos decir más sencillamente que cuando está en la Iglesia –con todo lo que hemos visto hasta ahora y todo lo que volveremos a ver– la Escritura se hace vivificante, es decir, logra dar verdadera vida, iluminar y corroborar la existencia personal, comunitaria y social de los creyentes. La Palabra de Dios, que tiene en el centro, fuente y fin a Jesús mismo, adquiere todo su poder y capacidad de iluminar a los creyentes cuando se acerca a la presencia de Jesús, en la Eucaristía y en todos los sacramentos como signos poderosos del encuentro con Cristo. El anuncio de la Palabra tiene su marco privilegiado en la celebración eucarística y en la liturgia.

Uso no instrumental de la Palabra

De todo esto se deriva una reflexión práctica que también es importante a un nivel más personal. Cada uno de nosotros debe reflexionar sobre el uso que hacemos de la Escritura, con demasiada frecuencia instrumentalizada, plegada a lo que queremos decir. Un uso a menudo sentencioso o destinado a manifestar nuestra hegemonía sobre los demás, sin piedad ni adhesión real al sentido profundo del texto. Por supuesto, tras una reflexión seria, está claro que no sería cristiano perder el verdadero significado de la Escritura al quedar aprisionado para nuestros propósitos personales. Debemos permitir que la Escritura se convierta, para nosotros y para cualquiera que se acerque a ella, en pan vivo que nos alimente; que se convierta en «espiritualidad», vida interior y motivación; una Escritura que dejemos libre para que trabaje sabiamente, sabiendo que es capaz de crear en nosotros una nueva mentalidad, una nueva forma de ver el mundo, es decir, la conversión. No se trata sólo de elucubraciones mentales, de sueños, de aspiraciones piadosas que, cuando van bien se quedan en un nivel meramente teórico, con el único resultado de hacernos sentir mejores que los demás.

El papa Francisco ha señalado en innumerables ocasiones el riesgo que tenemos de juzgar que nos convierte en jueces superiores sobre la hermana

y el hermano que tenemos al lado. El 23 de junio de 2014, en la homilía de la misa de Santa Marta, dijo:

Quien juzga se equivoca, simplemente porque toma un lugar que no es para él. Pero no sólo se equivoca, también se confunde. ¡Está tan obsesionado con aquello que tiene que juzgar en aquella persona –tan, pero tan obsesionado– que aquella pajita no lo deja dormir! «¡Pero yo quiero sacarte esa pajita!» [...]. Y no se da cuenta de la viga que él tiene. Se confunde: cree que la viga es aquella paja. Confunde la realidad, es un fantasioso. Y quien juzga acaba derrotado, termina mal, porque la misma medida será usada para juzgarlo a él. El juez que se equivoca, porque toma el lugar de Dios –soberbio, autosuficiente– apuesta por una derrota. ¿Y cuál es la derrota? Ser juzgado con la misma medida con la que él juzga.

Podemos decir que el itinerario práctico, existencial y espiritual que se desprende del documento examinado, en un plano más pastoral, tiene como objetivo precisamente el camino del creyente hacia y junto a Aquel que es el único que puede darle la vida, la luz y la gracia de poder mirarse a sí mismo y a los demás con ojos nuevos.

El realismo de la Palabra

Como está bien explicado en la *Verbum Domini*:

Quien conoce la Palabra divina conoce también plenamente el sentido de cada criatura. En efecto, si todas las cosas «se mantienen» en aquel que es «anterior a todo» (Col 1,17), quien construye la propia vida sobre su Palabra edifica verdaderamente de manera sólida y duradera. La Palabra de Dios nos impulsa a cambiar nuestro concepto

de realismo: realista es quien reconoce en el Verbo de Dios el fundamento de todo. De esto tenemos especial necesidad en nuestros días, en los que muchas cosas en las que se confía para construir la vida, en las que se siente la tentación de poner la propia esperanza, se demuestran efímeras. Antes o después, el tener, el placer y el poder se manifiestan incapaces de colmar las aspiraciones más profundas del corazón humano. En efecto, necesita construir su propia vida sobre cimientos sólidos, que permanezcan incluso cuando las certezas humanas se debilitan. En realidad, puesto que «tu palabra, Señor, es eterna, más estable que el cielo» y la fidelidad del Señor dura «de generación en generación» (Sal 119, 89-90), quien construye sobre esta palabra edifica la casa de la propia vida sobre roca (cf. Mt 7, 24). Que nuestro corazón diga cada día a Dios: «Tú eres mi refugio y mi escudo, yo espero en tu palabra» (Sal 119, 114) y, como san Pedro, actuemos cada día confiando en el Señor Jesús: «Por tu palabra, echaré las redes» (Lc 5, 5)» (VD 10).

También encontramos en la *Verbum Domini* algunas indicaciones que deberían permear cada acción, cada acto educativo, de fe o cualquier acción cotidiana:

Todos nos damos cuenta de la necesidad de que la luz de Cristo ilumine todos los ámbitos de la humanidad: la familia, la escuela, la cultura, el trabajo, el tiempo libre y los otros sectores de la vida social. No se trata de anunciar una palabra sólo de consuelo, sino que interpela, que llama a la conversión, que hace accesible el encuentro con Él, por el cual florece una humanidad nueva (VD 93).

Hay una estrecha relación entre el testimonio de la Escritura, como afirmación de la Palabra que Dios pronuncia por sí mismo, y el

testimonio de vida de los creyentes. Uno implica y lleva al otro. El testimonio cristiano comunica la Palabra confirmada por la Escritura. La Escritura, a su vez, explica el testimonio que los cristianos están llamados a dar con la propia vida. De este modo, quienes encuentran testigos creíbles del Evangelio se ven movidos así a constatar la eficacia de la Palabra de Dios en quienes la acogen (VD 97).

LA ESCRITURA MÁS ALLÁ DE CUALQUIER FRONTERA

Nos gustaría detenernos en el número 22 de la *Dei Verbum* y en un último tema contenido en esta afirmación conclusiva: «si estas traducciones, oportunamente y con el beneplácito de la autoridad de la Iglesia, se llevan a cabo incluso con la colaboración de los hermanos separados, podrán ser usadas por todos los cristianos» (DV 22). En efecto, la Iglesia, además de abrir el tesoro de la Escritura a los católicos, dirige su mirada a todos los cristianos –verdaderamente a todos– incluidos aquellos hermanos y hermanas que en el transcurso del tiempo han tomado caminos diferentes separándose de la Iglesia de Roma, y espera una colaboración entre las diversas confesiones cristianas para que, donde sea posible, se realice un trabajo común en la producción de traducciones de la Escritura que puedan ser utilizadas por todos los cristianos. Por lo tanto, este breve párrafo de la *Dei Verbum* abre un camino hasta ahora inexplorado que ha dado y sigue dando frutos positivos, abriendo la posibilidad de un trabajo, estudio y esfuerzo común en el campo de la exégesis, así como en la perspectiva de un diálogo ecuménico fructífero.

En diálogo como Jesús

La Palabra de Dios trasciende las fronteras establecidas por

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

el hombre y llega a donde viven hombres y mujeres, incluso de otras religiones o de una cultura secular, con quienes busca entablar un diálogo salvador, siguiendo el ejemplo de Jesús al comenzar la proclamación del Evangelio en la «Galilea de los paganos» (Mt 4, 15). La intención es hacer que la fe cristiana sea significativa y plausible en el contexto de las culturas que caracterizan la era moderna y contemporánea, abriendo así un horizonte hasta entonces cerrado, que facilita la entrada en aquellos lugares donde la Palabra de Dios tiene la posibilidad, con su propia fuerza y poder, de moldear, informar y hacer sustancial la vida de fe de los creyentes.

Pensemos en la liturgia como el primer y más importante de estos lugares donde la Palabra de Dios juega un rol determinante y decisivo. Recordemos que en el número 21 leímos: «La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la sagrada liturgia». Es un nuevo movimiento dinámico que involucra a toda la Iglesia; tanto a sus ordinarios como a sus fieles laicos que, con diferentes funciones, carismas y servicios participan de la única fuente de salvación: Jesucristo.

Cristianos y judíos frente a las Sagradas Escrituras

Al concluir la exposición del número 22, no podemos dejar de mencionar la relación especial que, incluso en este sentido, existe entre cristianos y judíos. Aunque la *Dei Verbum* no menciona explícitamente la religión judía, esta es obviamente una parte integral de lo que se ha dicho. De hecho, podríamos decir que ocupa un lugar único y privilegiado, que gracias a este documento ha experimentado en los años siguientes una relación y un diálogo cada vez más fructíferos. Por ejemplo:

Teniendo en cuenta los estrechos vínculos que unen el Nuevo y el Antiguo Testamento, resulta espontáneo dirigir ahora la atención a los lazos especiales que ello comporta para la relación entre cristianos y judíos, unos lazos que nunca deben olvidarse. El papa Juan Pablo II dijo a los judíos: ustedes son «“nuestros hermanos predilectos” en la fe de Abrahán, nuestro patriarca». Ciertamente, estas declaraciones no ignoran las rupturas que aparecen en el Nuevo Testamento respecto a las instituciones del Antiguo Testamento y, menos aún, la afirmación de que, en el misterio de Jesucristo, reconocido como Mesías e Hijo de Dios, se cumplen las Escrituras. Pero esta diferencia profunda y radical, en modo alguno implica hostilidad recíproca. Por el contrario, el ejemplo de san Pablo (cf. Rom 9-11) demuestra «que una actitud de respeto, de estima y de amor hacia el pueblo judío es la sola actitud verdaderamente cristiana en esta situación que forma misteriosamente parte del designio totalmente positivo de Dios». En efecto, san Pablo dice que, a los judíos, «considerando la elección, Dios los ama en atención a los patriarcas, pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables» (Rom 11, 28-29).

Además, san Pablo usa también la bella imagen del árbol de olivo para describir las relaciones tan estrechas entre cristianos y judíos: la Iglesia de los gentiles es como un brote de olivo silvestre, injertado en el olivo bueno, que es el pueblo de la Alianza (cf. Rom 11, 17-24). Así pues, tomamos nuestro alimento de las mismas raíces espirituales. Nos encontramos como hermanos, hermanos que en ciertos momentos de su historia han tenido una relación tensa, pero que ahora están firmemente comprometidos en construir puentes de amistad duradera. El papa Juan Pablo II dijo en una ocasión: «Es mucho lo que tenemos en común. Y es mucho lo que podemos hacer juntos por la paz, por la justicia y por un mundo más fraterno y humano» (VD 43).

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

El papa Benedicto XVI y el papa Francisco no han dejado de reafirmar, de modos diversos, lo preciosos que es para la Iglesia el diálogo con los hebreos. Es bueno que, donde se vislumbre la oportunidad, se creen posibilidades de encuentro, incluso públicas y de confrontación que fomenten el aumento del conocimiento mutuo, el respeto recíproco y la colaboración, incluso en el mismo estudio de las Sagradas Escrituras. En su visita a la comunidad judía de Roma, el Santo Padre Francisco dijo: «Judíos y cristianos, hermanos y hermanas en la única familia de Dios, que los protege como su pueblo». ¡Cuánta riqueza ha surgido después de la *Dei Verbum* en este ámbito!

COMPROMISO APOSTÓLICO DE LOS ESPECIALISTAS

El párrafo 23 del sexto capítulo de la *Dei Verbum* aborda la necesidad de un estudio preciso de las Escrituras por parte de teólogos y exegetas, así como su tarea apostólica peculiar al servicio de toda la Iglesia. En este sentido el documento resulta particularmente innovador. Hoy en día, cada uno de nosotros tiene acceso a una gran cantidad de recursos, estudios, comentarios y herramientas, incluso de multimedia, y esto también es gracias a la *Dei Verbum*, que afirma:

Los exegetas católicos y demás teólogos deben trabajar, aunando diligentemente sus fuerzas, para investigar y proponer las Letras divinas, bajo la vigilancia del Sagrado Magisterio, con los instrumentos oportunos, de forma que el mayor número posible de ministros de la palabra puedan repartir fructuosamente al pueblo de Dios el alimento de las Escrituras (DV 23).

Los primeros destinatarios directos de este tipo de estudio y profundización bíblica son, por lo tanto, los mismos «ministros de la divina Palabra», aquellos que en la Iglesia desempeñan, a nivel ministerial, el servicio de la predicación y la proclamación del Evangelio. Aunque hay otro destinatario obvio e

indirecto que es todo el pueblo de Dios al que esos mismos pastores deben enseñar el amor por las Escrituras.

Acceder a las fuentes

Dado que para un católico no era posible acceder a la fuente original, la Escritura misma, no había motivo alguno para considerar recursos que pudieran ayudar a profundizar y arraigar la fe en esa roca que es la Palabra de Dios. Probablemente los pastores no sentían como urgente el compromiso de transmitir el amor y el conocimiento de las Escrituras. De hecho, el enfoque hacia la Escritura estaba pensado en su mayoría con fines de estudio y reservado para aquellos que emprendían el camino hacia el sacerdocio, excluyendo el ámbito monástico donde la *lectio divina* nació y a lo largo de los siglos ha tenido su propio carácter, capaz de trascender el nivel meramente académico para entrar en un ámbito más existencial y experiencial.

Como cristianos que viven en este tiempo jubilar, tenemos una gracia enorme que otros cristianos en épocas pasadas no tuvieron: una riqueza de fuentes a las que acudir y con las cuales profundizar en nuestra vida de fe. La tarea misma del exegeta y del teólogo hoy no es un fin en sí misma; su investigación no está destinada sólo a unos pocos académicos de biblioteca, sino que está abierta al mundo, no sólo por razones académicas o científicas, sino también porque es parte integral del compromiso apostólico, que asume la fisonomía de un verdadero y propio servicio eclesial. Por esto «la esposa del Verbo Encarnado, es decir, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza en acercarse, de día en día, a la más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras, para alimentar sin desfallecimiento a sus hijos con las divinas enseñanzas» (DV 23). Es interesante el uso de la expresión «alimentar sin desfallecimiento», que ofrece materialmente la imagen de un trabajo incansable e incesante sin fin, como no tiene fin el movimiento de las olas del mar o como nuestra hambre y sed que necesita comida y bebida

diarias. No es un solo trabajo, conseguido de una vez por todas, ni para el estudioso ni para el creyente, mas un verdadero proyecto de vida, una llamada a entrar y a saber leer (*intelligere*) «el alimento de las Escrituras, que ilumine la mente, robustezca las voluntades y encienda los corazones de los hombres en el amor de Dios» (DV 23). Precisamente esta última afirmación nos lleva a reflexionar sobre un aspecto importante que convierte el estudio de la Escritura en un medio para la caridad y el amor. No es con fines intelectualistas que nuestra mente debe ser iluminada, nuestra voluntad fortalecida y nuestro corazón encendido por la Palabra de Dios, sino con un propósito específico: crecer en el amor hacia Dios para así crecer en el amor hacia nuestro prójimo.

En la *Evangelii gaudium* (2015) el Santo Padre Francisco afirma lo siguiente sobre la Palabra de Dios:

El estudio de las Sagradas Escrituras debe ser una puerta abierta a todos los creyentes. Es fundamental que la Palabra revelada fecunde radicalmente la catequesis y todos los esfuerzos por transmitir la fe. La evangelización requiere la familiaridad con la Palabra de Dios y esto exige a las diócesis, parroquias y a todas las agrupaciones católicas, proponer un estudio serio y perseverante de la Biblia, así como promover su lectura orante personal y comunitaria. Nosotros no buscamos a tientas ni necesitamos esperar que Dios nos dirija la palabra, porque realmente «Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido, sino que se ha mostrado». Acojamos el sublime tesoro de la Palabra revelada (EG 175).

Importancia de la Sagrada Escritura para la Teología

Otro de esos lugares preciosos en los cuales la Palabra de Dios desempeña un papel esencial es la teología. De hecho, la reflexión de la Iglesia debe

tener necesariamente como alma la Escritura. Puede parecer obvio, pero no siempre ha sido así o expresado de manera tan clara. Se puede hablar de Dios partiendo de definiciones filosóficas, y muchas veces así ha sucedido, pero para hablar del Dios de Jesucristo, del Dios de los cristianos, es necesario partir de la Escritura y de la revelación. El número 24 de la *Dei Verbum* explica de manera más profunda el tema abierto en el número anterior, enfocándose en la teología que «se apoya, como en cimientos perpetuos, en la palabra escrita de Dios, al mismo tiempo que en la sagrada Tradición». Es por medio de la Escritura que la teología no permanece cerrada en formulaciones estáticas incomprensibles, sino que se mantiene siempre joven y se consolida vigorosamente «investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo». La teología tiene una tarea sumamente elevada, no es una mónada monolítica. No existe sólo como pensamiento, método y lenguaje propio, como si estuviera desconectada de cualquier otro horizonte, sino que examina el misterio de Cristo a la luz de la fe.

La base es clara, que es el Dios de Jesucristo; en la conciencia de que «las Escrituras contienen la Palabra de Dios y, por ser inspiradas, son verdaderamente Palabra de Dios», el estudio de las páginas sagradas debe ser, por lo tanto, «como el alma de la sagrada teología». Al concluir el párrafo, se destaca cómo también «el ministerio de la Palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana» encuentra en la Escritura ese alimento con el cual «se nutre saludablemente y se vigoriza santamente», y esto es especialmente válido en la homilía, donde la Escritura debe tener un lugar privilegiado. Podríamos preguntarnos si este aspecto aún se toma en serio hoy en día en la predicación, pero esto no está dentro del alcance de nuestra investigación, aunque valga la pena al menos mencionar la pregunta. Lo que realmente importa es que del texto se desprenda claramente que para hablar del mismo misterio de Dios, la tarea principal de la teología, es necesario partir necesariamente de la Escritura; de lo contrario, sería como intentar surcar los océanos sin el agua del mar, con un único resultado: ¡misión imposible!

SE RECOMIENDA LA LECTURA DE LA SAGRADA ESCRITURA

El párrafo 25 del documento continúa en la línea trazada por el anterior, con una recomendación importante que se evidencia en su propio título: «Se recomienda la lectura asidua de la Sagrada Escritura». Se insiste que «es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente». Esta invitación parece ser el resultado de una necesidad. De hecho, no es simplemente una sugerencia o un consejo. Se requiere, por ejemplo, sumergirse en las Escrituras. Este verbo indica una continuidad de acción que no tiene solución alguna y que permanece como una necesidad constante. Por lo tanto, es necesario conservar de manera perseverante y continua una relación verdadera, real y concreta, un «contacto» que implica sensorialidad, casi materialidad, y se refiere a una relación concreta, no basada únicamente en la teoría.

Enraizados en la Escritura

La Iglesia insiste en invitar a todos los que desempeñan el ministerio de la predicación, en primer lugar, sacerdotes y diá-

conos, y luego aquellos que realizan este servicio en el ámbito catequético, a entrar en un contacto profundo con la Escritura. Esta recomendación se hace en vista de la nutrición y el crecimiento espiritual, pero también para evitar el riesgo temido por San Agustín, es decir, que aquellos que estudian la Escritura se alejen de una lectura sabia para convertirse, como diríamos hoy, en «profesionales eruditos de la palabra», pero sin alma, un «predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior» (*Serm.* 179, 1:PL 38, 966). Un clérigo no puede anunciar el Evangelio y hablar de él seriamente sin testimoniarlo con su propia vida, y esto sólo puede suceder al permanecer en contacto constante con la Palabra de Dios y dejándose transformar por ella. No se trata simplemente de decir algo, de transmitir nuestros razonamientos y hacerlo de manera más o menos efectiva según el nivel de educación o la capacidad comunicativa. No se trata de usar nuestra sagacidad para crear publicaciones o *podcasts* efectivos para las omnipresentes redes sociales, tal vez buscando algunos *likes*. Somos testigos y comunicadores creíbles de la Palabra de Dios sólo cuando entramos primero y con amor en esta relación especial con la Palabra de Dios, donde se juega nuestra propia existencia y todo lo que es fundamental e importante en nuestra vida.

El punto de partida, el sujeto, no es el hombre, que es más bien el destinatario, el referente, porque el sujeto al que referirse es la Palabra de Dios. De hecho, el hombre debe acceder a ese tesoro con todos los medios a su disposición, pero sólo con la gracia de Dios será capaz de ponerse en la posición de «comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la sagrada liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina», transmitiendo, como diría san Pablo, lo que hemos recibido pero que no nos pertenece (cf. 1 Cor 15, 3). Una observación interesante que queremos destacar es el hecho de que en la *Dei Verbum* no se hable simplemente de abundancia, sino de sobreabundancia de la riqueza de la Palabra. Es una imagen hermosa que representa la fecundidad y la riqueza de la Escritura, como si fuera un

desbordamiento de prosperidad sin fronteras y destinado a todos, sin distinción; un regalo cuyo único límite se encuentra cuando no se desea aceptarlo.

En la escuela de la Escritura

Para llevar a cabo lo dicho, la constitución conciliar «exhorta con vehemencia a todos los cristianos, en particular a los religiosos» (DV 25) a aprender mediante la lectura frecuente, lo que el Apóstol de los gentiles llama en su carta a los Filipenses: «la eminente ciencia de Jesucristo» (Flp 3, 8). En su comentario al libro de Isaías, San Jerónimo afirmaba que «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo» (*Comm. in Is.*, Prol.: PL 24, 17). Nuestro documento ofrece la indicación de lo que nos parece que son las dos principales vías para seguir para realizar este encuentro de conocimiento y amor: la liturgia y la lectura piadosa, una expresión desusada esta última, pero que con palabras diferentes y más cercanas al lenguaje moderno podríamos definir como *lectio divina*.

De hecho, no se trata de una simple lectura, como si estuviéramos hablando de cualquier otro texto literario, sino de una lectura específica, única, «acompañada por la oración» suscitada y guiada por el Espíritu Santo. Es precisamente la oración la que convierte esta lectura en algo más que un mero ejercicio y un fin en sí mismo, sino fecundo en el espíritu, capaz de tejer ese diálogo precioso, único e iluminador entre Dios y el hombre, porque, como afirma San Ambrosio, «cuando oramos, hablamos con él; lo escuchamos cuando leemos los oráculos divinos» (*De officiis ministrorum*, I, 20, 88: PL 16, 50).

El obispo: el pastor que allana el camino

Retomamos un último aspecto del número 25, en el cual se aborda la cuestión que puede parecer, a primera vista, relacionada sólo con la esfera del derecho canónico, es decir, quién debe ayudar a los fieles a obtener un

mayor conocimiento de la Escritura. Esta tarea especial recae en los obispos, «en quienes está la doctrina apostólica», a quienes pertenece la tarea de enseñar, o como dice el documento, «instruir oportunamente a los fieles a ellos confiados, para que usen rectamente los libros sagrados». Esta enseñanza debe centrarse «sobre todo el Nuevo Testamento, y especialmente los Evangelios por medio de traducciones de los sagrados textos». Es notable el tono pastoral que se desprende una vez más en esta parte del documento.

Las traducciones tienen la tarea de ayudar a los fieles a crecer en el conocimiento y en la relación con la Sagrada Escritura y deben estar «provistas de las explicaciones necesarias y suficientes para que los hijos de la Iglesia se familiaricen sin peligro y provechosamente con las Sagradas Escrituras y se impregnen de su espíritu». Para un cristiano de nuestros tiempos, esto puede parecer una posibilidad asegurada, casi obvia, pero, como se destacó anteriormente, no era así en el momento de la redacción de la *Dei Verbum*. Además, la expresión «familiarizarse sin peligro» indica una verdadera necesidad de cercanía, de familiaridad que debemos tener con la Escritura, como la tenían los Padres de la Iglesia que la conocían de memoria, al haberla interiorizado, estudiado, leído y rezado.

Este es un verdadero y propio camino que no se recorre de manera instantánea o en el tiempo de un *tweet*, sino gradualmente, en una especie de descenso lento y constante en las profundidades del corazón. El obispo debe ser en esto un maestro para el pueblo a él confiado, sabiendo y enseñando que, en el conocimiento de la Escritura, se crece con los tiempos de la gracia de Dios y no con los nuestros; esto es siempre importante tenerlo en cuenta. Sin embargo, es apropiado no olvidar otro aspecto muy hermoso en esa delicadeza que la Iglesia, como madre, muestra hacia sus hijos. Si por un lado piensa en aquellos que ya están en su seno, desea que se preste atención también a aquellos que no son hijos de la Iglesia y pide que se hagan «ediciones de la Sagrada Escritura, provistas de notas convenientes, para uso también de los no cristianos, y acomodadas a sus condiciones».

En este punto, nos parece importante destacar también otro aspecto del documento que nos concierne a todos muy de cerca. Si bien es cierto que los obispos, sucesores de los apóstoles, son llamados de manera completamente especial y ministerial a difundir el conocimiento de la Palabra de Dios, esto no significa que los otros miembros de la Iglesia no puedan o no deban hacer su parte. De hecho, se afirma que «procuren los pastores de las almas y los cristianos de cualquier estado divulgarlas como puedan con toda habilidad». La Palabra de Dios ensancha el corazón de la Iglesia y lo hace en todos los niveles. No es una cuestión de estatus o privilegios, sino de sumergirse en el deseo mismo de Dios que quiere entrar en diálogo, en relación con todos, ¡verdaderamente todos! Esto sigue siendo absolutamente relevante y afecta a cada uno de nosotros, joven o menos joven, mujer u hombre, consagrado, presbítero o laico.

Comprendernos a nosotros mismos a la luz de Dios

El número 26 marca no sólo la conclusión del sexto capítulo, sino también la conclusión de toda la constitución dogmática y vale la pena leerlo en su totalidad. Recoge de manera digna lo ilustrado en toda la *Dei Verbum*, llegando a sintetizar el meollo del asunto del cual partir para exhortar a mirar al presente y al futuro de una manera completamente nueva, en esa esperanza cristiana que no defrauda.

Así, pues, con la lectura y el estudio de los libros sagrados «la palabra de Dios se difunda y resplandezca» y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios que «permanece para siempre» (Is 40, 8; cf. 1 Pe 1, 23-25).

En estas líneas se puede observar nuevamente el paralelismo ya mencionado entre el misterio eucarístico y la Palabra, un vínculo fecundo en el cual ambos se alimentan mutuamente, dando a este matrimonio un verdadero sentido y significado. Lo que hemos descubierto hasta ahora nos hace comprender que no se trata de una acción intelectual o de mera erudición, sino de que la Revelación llene los corazones de hombres y mujeres de nuestro tiempo y de todos los tiempos para que se complete ese diálogo salvífico que, por puro amor y gratuitamente, Dios ha iniciado con los hombres, sin olvidar nunca que es Él, Dios, quien nos ha amado primero.

El papa Francisco, con palabras efectivas y cercanas a nuestra sensibilidad contemporánea, no deja de manifestar lo fundamental que es este diálogo entre Dios y el hombre, el único en el cual tenemos la posibilidad de entender verdaderamente quiénes somos y encontrar respuestas a las preguntas más profundas que residen en nuestro corazón. El hombre contemporáneo necesita más que nunca tener respuestas a las mil preguntas que atormentan su corazón. El horizonte parece haber cambiado, todo parece posible, aunque al mismo tiempo todo parece carecer de futuro, todo es relativo, y se llega al horror de creer que para ser nosotros mismos debemos suprimir a Dios. Todo esto, mientras el sufrimiento y la soledad invaden a cada uno de nosotros, jóvenes y menos jóvenes. Se plantean innumerables preguntas sobre el sentido de la vida, el sufrimiento y la muerte, preguntas que intentamos alejar de todas las formas, pero que de todos modos son compañeras invisibles, silenciosas y a veces devastadoras para nuestras vidas si no se tienen en cuenta.

La Palabra de Dios, de hecho, no se opone al hombre, no mortifica sus deseos auténticos, sino que los ilumina, purifica y los lleva a su plenitud. ¡Qué importante es para nuestro tiempo descubrir que sólo Dios responde a la sed que está en el corazón de cada hombre! Lamentablemente se ha difundido en nuestra época y especialmente en Occidente, la idea de que Dios es ajeno a la vida y a los problemas del hombre y que su presencia puede ser

una amenaza para la autonomía individual. En realidad, toda la economía de la salvación nos muestra que Dios habla e interviene en la historia a favor del hombre y de su salvación integral. Por lo tanto, resulta decisivo desde el punto de vista pastoral, presentar la Palabra de Dios como capaz de dialogar con los problemas que el hombre debe enfrentar en su vida cotidiana. Jesús mismo se presenta ante nosotros como aquel que vino para que podamos tener vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Por eso, debemos esforzarnos al máximo para mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los problemas, como respuesta a las preguntas, como una ampliación de los valores y, al mismo tiempo, como una satisfacción de las aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe ilustrar bien cómo Dios escucha la necesidad del hombre y su clamor. San Buenaventura afirma en el *Breviloquium*:

El fruto de la Sagrada Escritura no es uno cualquiera, sino que es incluso la plenitud de la felicidad eterna. De hecho, la Sagrada Escritura es el libro en el cual están escritas palabras de vida eterna porque no sólo creemos, sino que también poseemos la vida eterna, en la cual veremos, amaremos y se cumplirán todos nuestros deseos.

La Palabra de Dios, como dijo el papa Francisco, «es antídoto contra el miedo de quedarnos solos ante la vida» (*Homilía*, Domingo de la Palabra de Dios, 24 de enero de 2021), y de esto nunca deberíamos dudar.

SINFONÍA DE LA PALABRA DE DIOS

Al acercarnos a la conclusión de nuestro recorrido para descubrir el último capítulo de la *Dei Verbum*, queremos resumir algunos puntos útiles para nuestra reflexión y detenernos también en matices que no se tratan directamente en el documento, pero que de alguna manera han tomado impulso y se han realizado desde allí. Esta reflexión adicional puede ayudar a descubrir los frutos del Concilio Vaticano II y, sobre todo, ofrecer a cada lector lentes útiles a través de los cuales interpretar nuestra realidad y encontrar nuevas vías pastorales, espirituales, existenciales y sociales para acercarnos más a la Palabra de Dios.

Al hacer esto, repasamos algunas consideraciones que ya hemos expresado en nuestro escrito y que encontramos en el documento postsinodal *Verbum Domini* de 2010, en el número 7, relacionadas con las diversas formas en que utilizamos la expresión «Palabra de Dios», especialmente en relación con la posibilidad de la humanidad de acercarse y descubrirla. En el Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios de 2008 y en el documento postsinodal que de él se deriva, se habló con razón de una sinfonía de la Palabra, de una Palabra única que se expresa de diversas maneras: «un canto a varias voces» (*Instrumentum laboris*, 9).

Analogía de la Palabra de Dios

Los Padres sinodales (así como la teología y la exégesis modernas) han hablado sobre el uso analógico del lenguaje humano en relación con la Palabra de Dios: aunque sea totalmente Otro, necesita del lenguaje humano y de las palabras humanas para comunicarse y hacerse entender. La expresión «uso analógico», por un lado, se refiere a la comunicación que Dios hace de sí mismo, pero, por otro lado, asume significados diversos que deben ser cuidadosamente considerados y relacionados entre sí, tanto desde el punto de vista de la reflexión teológica como del uso pastoral.

Como nos muestra el Prólogo de Juan (sobre el cual se fundamenta la reflexión misma de la *Verbum Domini*), el Logos indica originariamente al Verbo eterno, es decir, al Hijo Unigénito engendrado por el Padre antes de todos los siglos y consustancial a Él: el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Pero San Juan afirma que este mismo Verbo, «se hizo carne» (Jn 1, 14); por lo tanto, Jesucristo, nacido de la Virgen María, es realmente la Palabra de Dios hecha consustancial a nosotros. Así que la expresión «Palabra de Dios» aquí se refiere a la persona de Jesucristo, el Hijo eterno del Padre, hecho hombre y que, como tal, utiliza palabras humanas.

La Palabra de Dios en el libro de la naturaleza

Este aspecto deriva directamente en que, si en el centro de la revelación divina se encuentra el evento Jesucristo, también es necesario reconocer que la misma creación, el libro de la naturaleza, es una parte esencial de esta sinfonía de múltiples voces en la cual se expresa el único Verbo. Este aspecto es de suma importancia en nuestro mundo actual, donde especialmente los jóvenes buscan justamente preservar el cuidado del planeta y de toda la creación. Si destruimos el libro de la naturaleza, también destruiremos

una de las formas privilegiadas a través de las cuales Dios se revela y se comunica, además de destruirnos a nosotros mismos.

Como nos enseña el Santo Padre Francisco en su encíclica *Laudato si'* (2015), decir «creación» es más que decir «naturaleza», ya que está relacionada con el proyecto de amor de Dios, en el cual cada criatura tiene un valor y un significado. En este proyecto, «si el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, “en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza”» (cf. n. 117). Esta sustitución lleva a la humanidad a perderse a sí misma y su relación, su diálogo con Dios.

Palabra de Dios en el Antiguo y en el Nuevo Testamento

La Iglesia confiesa que Dios ha comunicado su Palabra en la historia de la salvación, ha hecho oír su voz. Con el poder del Espíritu «habló por los profetas» (Credo Niceno-Constantinopolitano). Esto quiere decir que la Palabra divina se expresa a lo largo de toda la historia de la salvación y tiene su plenitud en el misterio de la encarnación, muerte y resurrección del Hijo de Dios. Además, la Palabra de Dios es la predicada por los Apóstoles, en obediencia al mandato de Jesús Resucitado: «Vayan por todo el mundo y proclamen la Buena Noticia a toda criatura» (Mc 16, 15). Por lo tanto, la Palabra de Dios se transmite en la Tradición viva de la Iglesia. Finalmente, la Palabra de Dios atestiguada y divinamente inspirada es la Sagrada Escritura, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. Todo esto nos hace comprender por qué en la Iglesia veneramos grandemente las Sagradas Escrituras, a pesar de que la fe cristiana no sea una «religión del Libro»: el cristianismo es la «religión de la Palabra de Dios», no de «una palabra escrita y muda, sino del Verbo encarnado y viviente». Así, la Escritura debe ser proclamada, escuchada,

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

leída, recibida y vivida como Palabra de Dios, en la línea de la Tradición apostólica de la cual es inseparable.

Podemos entender claramente que nos enfrentamos a un uso analógico de la expresión «Palabra de Dios», del cual debemos ser conscientes y que está muy lejos de un uso unívoco, literal y podríamos decir fundamentalista de la Escritura. Todos debemos tomar conciencia y formarnos más para captar sus diferentes significados y comprender, al mismo tiempo, su sentido unitario. Este es un trabajo del cual ninguno de nosotros está exento y que la Iglesia, como madre y maestra, debe ayudarnos a realizar, tanto a nivel personal como comunitario. Este trabajo fructífero también es necesario desde el punto de vista teológico para profundizar en la articulación de los diferentes significados de esta expresión, para que resplandezca mejor la unidad del plan divino y la centralidad en él de la persona de Cristo.



PARA UN NUEVO COMIENZO... EL NUESTRO

Al final de nuestro recorrido, con la esperanza de haber acompañado efectivamente al lector en la profundización de la *Dei Verbum* y haber cultivado el deseo de acercarse con más fuerza y vigor a la Palabra de Dios, en un momento de gracia como el próximo año jubilar, deseamos dejarles con un saludo que ciertamente será de ayuda en esta dirección; una ayuda que surge de las palabras esclarecedoras del papa Francisco, quien en su homilía pronunciada durante el Domingo de la Palabra de Dios, el 23 de enero de 2022, definió vívidamente lo que todo esto significa para la Iglesia y para toda la humanidad.

Es el Dios con nosotros, que se apasiona con nuestra vida y se identifica hasta llorar nuestras mismas lágrimas. No es un dios neutral e indiferente, sino el Espíritu amante del hombre, que nos defiende, nos aconseja, toma partido a nuestro favor, se involucra y se compromete con nuestro dolor. Siempre está presente allí. Esta es «la Buena Noticia» (v. 18) que Jesús proclama ante la mirada sorprendida de todos: Dios es cercano y quiere cuidar de mí, de ti, de todos. Y este es el modo de tratar de Dios: la cercanía. Él se define a sí mismo de esta manera; dice al pueblo, en

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

Deuteronomio: «¿Cuál es la gran nación que tenga dioses tan cercanos como el Señor, nuestro Dios, cuando lo invocamos?» (cf. Dt 4, 7). Él es un Dios cercano, compasivo y tierno, quiere aliviarte de las cargas que te aplastan, quiere caldear el frío de tus inviernos, quiere iluminar tus días oscuros, quiere sostener tus pasos inciertos. Y lo hace con su Palabra, con la que te habla para volver a encender la esperanza en medio de las cenizas de tus miedos, para hacer que vuelvas a encontrar la alegría en los laberintos de tus tristezas, para llenar de esperanza la amargura de tus soledades. Él te hace caminar, no dentro de un laberinto, más bien por el camino, para encontrarlo cada día.



DEI VERBUM 21-26

La Iglesia venera las Sagradas Escrituras

21. La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los profetas y de los apóstoles.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: «Pues la palabra de Dios es viva y eficaz», «que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados».

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

Se recomiendan las traducciones bien cuidadas

22. Es conveniente que los cristianos tengan amplio acceso a la Sagrada Escritura. Por ello la Iglesia ya desde sus principios, tomó como suya la antiquísima versión griega del Antiguo Testamento, llamada de los Setenta, y conserva siempre con honor otras traducciones orientales y latinas, sobre todo la que llaman Vulgata. Pero como la palabra de Dios debe estar siempre disponible, la Iglesia procura, con solicitud materna, que se redacten traducciones aptas y fieles en varias lenguas, sobre todo de los textos primitivos de los sagrados libros. Y si estas traducciones, oportunamente y con el beneplácito de la Autoridad de la Iglesia, se llevan a cabo incluso con la colaboración de los hermanos separados, podrán usarse por todos los cristianos.

Deber de los católicos doctos

23. La esposa del Verbo Encarnado, es decir, la Iglesia, enseñada por el Espíritu Santo, se esfuerza en acercarse, de día en día, a la más profunda inteligencia de las Sagradas Escrituras, para alimentar sin desfallecimiento a sus hijos con las divinas enseñanzas; por lo cual fomenta también convenientemente el estudio de los Santos Padres, tanto del Oriente como del Occidente, y de las Sagradas Liturgias.

Los exegetas católicos, y demás teólogos deben trabajar, aunando diligentemente sus fuerzas, para investigar y proponer las Letras divinas, bajo la vigilancia del Sagrado Magisterio, con los instrumentos oportunos, de forma que el mayor número posible de ministros de la palabra puedan repartir fructuosamente al Pueblo de Dios el alimento de las Escrituras, que ilumine la mente, robustezca las voluntades y encienda los corazones de los hombres en el amor de Dios.

El Sagrado Concilio anima a los hijos de la Iglesia dedicados a los estudios

bíblicos, para que la obra felizmente comenzada, renovando constantemente las fuerzas, la sigan realizando con todo celo, según el sentir de la Iglesia.

Importancia de la Sagrada Escritura para la teología

24. La sagrada teología se apoya, como en cimientos perpetuos en la palabra escrita de Dios, al mismo tiempo que en la sagrada Tradición, y con ella se robustece firmemente y se rejuvenece de continuo, investigando a la luz de la fe toda la verdad contenida en el misterio de Cristo. Las Sagradas Escrituras contienen la palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios; por consiguiente, el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la sagrada teología. También el ministerio de la palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana, en que es preciso que ocupe un lugar importante la homilía litúrgica, se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura.

Se recomienda la lectura asidua de la Sagrada Escritura

25. Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte «predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior», puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la sagrada liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan «el sublime conocimiento de Jesucristo», con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. «Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo». Lléguese,

La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia

pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la sagrada liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque «a Él hablamos cuando oramos, y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas».

Incumbe a los obispos, «en quienes está la doctrina apostólica», instruir oportunamente a los fieles a ellos confiados, para que usen rectamente los libros sagrados, sobre todo el Nuevo Testamento, y especialmente los Evangelios por medio de traducciones de los sagrados textos, que estén provistas de las explicaciones necesarias y suficientes para que los hijos de la Iglesia se familiaricen sin peligro y provechosamente con las Sagradas Escrituras y se impregnen de su espíritu.

Háganse, además, ediciones de la Sagrada Escritura, provistas de notas convenientes, para uso también de los no cristianos, y acomodadas a sus condiciones, y procuren los pastores de las almas y los cristianos de cualquier estado divulgarlas como puedan con toda habilidad.

Epílogo

26. Así, pues, con la lectura y el estudio de los Libros Sagrados «la Palabra de Dios se difunda y resplandezca» y el tesoro de la revelación, confiado a la Iglesia, llene más y más los corazones de los hombres. Como la vida de la Iglesia recibe su incremento de la renovación constante del misterio Eucarístico, así es de esperar un nuevo impulso de la vida espiritual de la acrecida veneración de la palabra de Dios que «permanece para siempre» (Is 40, 8; cf. 1 Pe 1, 23-25).

Todas y cada una de las cosas contenidas en esta Constitución Dogmática han obtenido el beneplácito de los Padres del Sacrosanto Concilio. Y

Nosotros, en virtud de la potestad apostólica recibida de Cristo, juntamente con los Venerables Padres, las aprobamos, decretamos y establecemos en el Espíritu Santo, y mandamos que lo así decidido conciliarmente sea promulgado para gloria de Dios.



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN
*SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO*